Cuadernos de Reflexión

LA JUSTIFICACIÓN MORAL DEL BENEFICIO

Nicomedes Zuloaga

5

PRESENTACIÓN

Desde 1945 Venezuela ha sido un país sumido en mayor o menor grado en el Socialismo. El capitalismo de Estado, el Estado benefactor, la planificación central, las políticas redistributivas, la limitación de los derechos de propiedad, los subsidios y controles sobre la economía, la emisión de dinero inorgánico, la indisciplina fiscal, el proteccionismo, etc. Todo se ha intentado. Si el Socialismo fuera la solución a los problemas de desarrollo de un país, Venezuela debería ser hoy la nación más exitosa del mundo.

Sin embargo, y a pesar de las enormes riquezas que nos produce el petróleo, el país continúa sumergido en la indigencia y el atraso. Comparativamente con el resto del mundo, Venezuela es hoy más pobre de lo que era hace cinco décadas. Hemos perdido años y desperdiciado enormes recursos en tratar de probar que el Socialismo si funciona. Y ahora, un proceso que se dice ser de cambios nos anuncia que el futuro está en el Socialismo. Pareciera que la intención es cambiarlo todo para que en el fondo no cambie nada. George Orwell decía, “Quien controla el pasado controla el futuro y quien controla el presente controla el pasado.”

En 1992 Nicomedes Zuloaga dio un breve discurso, trascrito en esta publicación, en el Auditorio Carlos Marx de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela. En unos pocos minutos, Zuloaga demolió los principios fundamentales del Socialismo: La teoría del valor, la planificación central en conjunto con la propiedad por el Estado de los medios de producción, y la objeción moral al lucro. Ese año culminaba en fracaso un modesto esfuerzo por enrumbar a Venezuela por un camino distinto al Socialismo. Y Zuloaga alertaba sobre el riesgo de repetir los errores del pasado.

Ha transcurrido desde entonces otra década perdida para Venezuela y la pregunta obligada es ¿cuantas más tendrán que pasar para que la Nación y sus líderes se convenzan de la necesidad de un verdadero cambio en nuestro modelo de desarrollo?

Nicomedes Zuloaga es uno de los precursores del pensamiento liberal en Venezuela. De los primeros Latinoamericanos miembros de la Sociedad Mont Pelerin, fue fundador del Instituto Venezolano de Análisis Económico y Social, antecesor de Cedice, y dueño y Editor del diario *La Verdad*. Abogado de intensa actividad, ha sido empresario, diplomático, parlamentario y filantropista. Sin duda uno de los más eminentes venezolanos de su generación, ha pasado la mayor parte de su vida defendiendo los principios y valores de la libertad.

Con esta publicación, Cedice hace un nuevo aporte al debate que continúa siendo el mayor dilema planteado en nuestro país: Socialismo o mercado y libertad. De su resolución depende el futuro de nuestros hijos. En resumidas cuentas, nadie plateó la disyuntiva mejor que Hayek en *Camino de Servidumbre* cuando dijo, "El bienestar y la felicidad de millones de gentes no pueden medirse con una sola escala de menos y más. El bienestar de un pueblo, como la felicidad de un hombre, depende de una multitud de cosas que pueden lograrse por una infinita variedad de combinaciones."

Roberto J. Ball Zuloaga

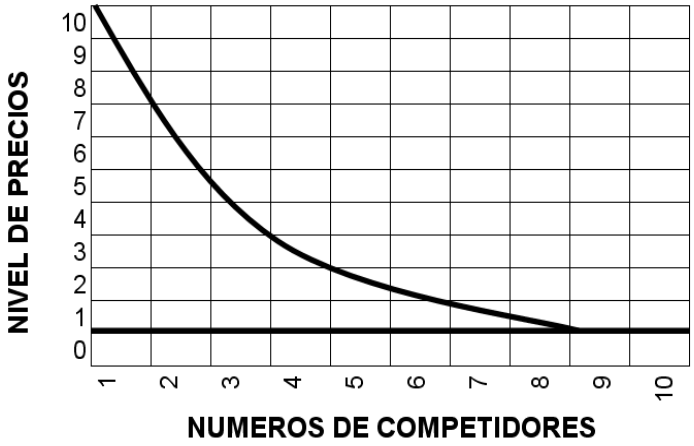
Director de Cedice

LA JUSTIFICACIÓN MORAL DEL BENEFICIO

Nicomedes Zuloaga

Charla dictada en las primeras jornadas Asociación de Jóvenes Empresarios (AJE) Auditorio Carlos Marx Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela. (1992)

Para analizar la justificación moral del beneficio debemos comenzar recordando cómo funciona un mercado porque ese mercado al funcionar produce precios y esos precios, según su nivel, producen a su vez beneficios o pérdidas.



Esta es la representación gráfica del funcionamiento del mercado. En la columna vertical se muestra el nivel de los precios y en la horizontal el número de competidores que concurren al mercado. Esa curva dentro del gráfico indica que cuento mayor es el número de los competidores, menor será el precio. Vean ustedes que cuando existe sólo un oferente, el precio es el de 10 y cuando hay diez competidores el precio baja al 1.

En el gráfico se ha incluido un elemento adicional que es el costo teórico, representado por la línea trazada a nivel de 1. Es importante observar que la colocación del costo a ese nivel es totalmente arbitraria y únicamente afín de poder destacar la diferencia entre el costo y el precio de venta. En la realidad cada productor tiene un costo distinto y por lo tanto su utilidad o pérdida es individual y distinta a la de los otros productores.

Es importante que observen en el gráfico el área a la izquierda de la curva de precios y sobre la línea del costo porque es precisamente esa diferencia entre el costo y el precio de venta lo que constituye la utilidad o el beneficio.

Si observa el gráfico con atención se darán cuenta de que cuando hay un solo productor el precio es de diez y la utilidad, es decir la diferencia ente el costo y el precio de venta es de nueve. Cuando hay cinco competidores el precio baja aproximadamente a 2.8 y la utilidad disminuye a 1.8, y así sucesivamente hasta que la utilidad se iguala al costo. En la vida real los productores normalmente abandonan ese mercado mucho antes de que su utilidad llegue a cero, cuando consideran que su actividad sería mas lucrativa en cualquier otro mercado, produciendo cualquier otra cosa.

Esa curva es cierta dentro del mercado para cualquier tipo de producto y para cualquier servicio, siempre y cuando estemos frente a un mercado competido, esto es libre de intervenciones y de subsidios donde concurran los oferentes de productos y servicios, nacionales o internacionales, a ofrecer sus productos o servicios donde concurran los consumidores sin apremio ni regulación alguna.

El nivel de los precios dentro del mercado es continuamente cambiante, como continuamente cambiantes son las ofertas de los productores y las necesidades, deseos o caprichos de los consumidores. Y los beneficios o las pérdidas de los productores también cambian continuamente pues dependen exclusivamente del nivel cambiante de esos precios y de sus propios costos. Aquellos empresarios que se imaginaron correctamente la situación del mercado en el futuro, y consecuencialmente ajustaron sus costos a esa situación, obtendrán ganancias y los que se imaginaron equivocadamente la situación del mercado futuro e incurrieron en costos elevados sufrirán pérdidas.

La primera función social del beneficio empresarial es pues atraer nuevos competidores a un mercado determinado. Cuando los productores o empresarios se dan cuenta de que la utilidad en un mercado cualquiera es alta, de 9 como en el gráfico, atraídos por esas grandes utilidades correrán a ofrecer sus productos en ese mercado, haciendo bajar el precio y logrando por lo tanto para los consumidores una disminución del precio. Tiene pues el beneficio una primera y evidente justificación moral cuando logran así que los consumidores paguen un menor precio por los mismos productos o servicios.

Adam Smith, el genial escocés que puede considerar como el fundador de la ciencia económica y descubridor del funcionamiento del mercado, era fundamentalmente un filósofo. Todas sus obras escritas, con excepción de la RIQUEZA DE LAS NACIONES versan sobre temas filosóficos y morales. Su descubrimiento más importante fue de carácter fundamentalmente moral. Dijo Smith que el egoísmo y la persecución de los fines egoísta de cada uno, funcionando dentro de un mercado libre y competido, produce beneficio general haciendo que la competencia entre productores ofrezca a los consumidores la mejor combinación posible de precios y calidades. Desde este primer punto de vista el beneficio empresarial resulta pues impecablemente moral: *no puede obtenerse sino mediante la oferta a los consumidores de aquellos bienes y servicios que más desean al mejor precio y calidad posibles*. El beneficio es pues un verdadero premio que el mercado otorga a quienes han sabido servir mejor a los consumidores.

Esas utilidades, y su corolario las pérdidas, no sólo tienen esa evidente justificación moral, sino que cumplen además, (como lo demostró recientemente el desaparecido profesor Hayek), otra función moral y social insustituible: atraen las inversiones hacia donde son mayores las utilidades y las desestimulan allí donde son menores o se producen pérdidas.

En lenguaje técnico las utilidades y las pérdidas empresariales *optimizan* la inversión de los recursos siempre escasos de la comunidad. Es decir evitan la equivocada inversión de los escasos fondos comunes y por lo tanto tienen una justificación moral adicional porque, al optimizar la inversión generar el mayor bienestar posible con los, siempre limitados, recursos sociales disponibles.

Es bueno recordar además que esas utilidades son en cierta forma la remuneración del riesgo empresarial pues tienen su contrapartida en las pérdidas cuando las empresas, por cálculos de mercados futuros equivocados, terminan vendiendo sus productos o sus servicios por debajo del costo.

Además, y contrariamente a la creencia popular, las utilidades de las grandes empresas son relativamente modestas. En los Estados Unidos, país empresario por excelencia, las grandes corporaciones internacionales obtienen utilidades que escasamente llegan al 5% de las ventas en las empresas muy exitosas. De cada cien dólares que venden apenas ganan cinco.

Históricamente la gran crítica al beneficio empresarial vino de Carlos Marx en su Manifiesto Comunista publicado en 1848. Esa crítica fue la verdadera base del marxismo y tuvo como consecuencia la implantación del sistema económico socialista y paralelamente del sistema político de la dictadura del proletariado o comunismo en una gran parte de la humanidad. En aras de la ideología marxista se cometieron durante mas de cien años los más grandes crímenes que recuerda la historia: asesinatos en masa de los "kulak" o campesinos de la Rusia de Stalin; genocidios como el del Pol-Pot en Cambodia; paredones como el de Castro en Cuba.

Carlos Marx, cuyo nombre lleva este Auditorio, era un economista alemán y serio. Su razonamiento de basó necesariamente en el conocimiento de la ciencia económica de su época. En las enseñanzas no sólo de Adam Smith, fundador de la ciencia económica, sino de famosos economistas posteriores como David Ricardo. El argumento marxista tuvo como base la teoría del valor aceptada por todos los economistas de entonces y que expuesta escuetamente decía así: si dos bienes se intercambian en el mercado debemos suponer que tienen el mismo valor. Si yo te entrego veinte ladrillos a cambio de un saco de cemento esto quiere decir que cada ladrillo vale una veinteava parte de un saco de cemento. Y Marx razonó así: si la *plusvalía*, es decir el mayor valor que adquirirían en el mercado las materias primas que el empresario transformaba se debía exclusivamente al trabajo que se había invertido en ellas, era evidente que los dueños del capital y de las máquinas, los empresarios estaban explotando a los infelices trabajadores que estaban obligados a vender en el mercado su fuerza de trabajo. Dicho en otra forma, si el valor de las cosas esta formado por la suma del valor de los insumos (de las materias primas que se utilizaron para su fabricación) y del valor de la mano de obra invertida en su manufactura, entonces el empresario, al hacer un beneficio, le estaban expropiando al trabajador parte de su trabajo que era lo que le había dado la plusvalía al bien por encima del costo de los insumos. Se trata dijo él, de la *explotación del hombre por el hombre*. El empresario le estaba expropiando la plusvalía al trabajador.

Pero resulta que los economistas clásicos estaban equivocados. La teoría aceptada por ellos, llamada valor *objetivo*, se basó en una premisa falsa, si dos cosas se intercambian en el mercado *es precisamente porque no tienen el mismo valor*. Si lo tuvieran no se produciría el intercambio, cada quien se quedaría con lo suyo. El intercambio se produce precisamente porque el valor no es objetivo, no está en la cosa misma, sino que es *subjetivo*, está del lado del sujeto. Si yo entrego un saco de cemento a cambio de veinte ladrillos es porque para *mí* tienen mas valor los veinte ladrillos que el saco de cemento, y

para el *propietario de los ladrillos* tiene más valor el saco de cemento que sus veinte ladrillos. Es precisamente esa diferencia de valor la que produce el intercambio comercial.

Este descubrimiento fundamental para la ciencia económica moderna fue expuesto por primera vez por un eminente economista austriaco, Carl Menger, en vida de Marx. Tanto debe haber impresionado este descubrimiento a Marx que cuando Menger expuso su teoría del valor subjetivo aún no había sido publicado el segundo tomo de EL CAPITAL y Marx no lo dejó publicar durante el resto de su vida. Fue Engels quien lo publicó sólo después de la muerte de Marx.

Desde el punto de vista científico y de la teoría económica el descubrimiento de Menger había acabado con la base mismo del marxismo. Si el valor es subjetivo, y el intercambio se produce por la diferentes valoraciones personal que tienen los agentes de las cosas intercambiada, la famosa frase de la "explotación del hombre por el hombre" pasa a ser simplemente falsa. Si las cosas no tienen valor por si mismas, la contribución de la mano de obra a su plusvalía no depende de las horas-hombre invertidas en su manufactura ni del precio del trabajo o salario pagado por el empresario a los trabajadores, ni siquiera depende del precio de los insumos invertidos, depende exclusivamente de la valoración subjetiva de los consumidores en el mercado.

No obstante, destruida para siempre la tesis de la plusvalía marxista, quedaba en pie como tesis racional, la solución socialista de propiedad por el Estado de todos los medios de producción como sistema más eficaz para aprovechar, de la mejor maniera posible, los escasos recursos de la comunidad. Los socialistas de comienzos de siglo, no eran pues seres irracionales. Dentro del grado de adelanto de la ciencia económica, cabía preguntarse aún, si no era preferible que el destino de esos escasos recursos de la comunidad quedara en manos de un comité de coordinación y planificación, formado por las personas más capacitadas y honestas, y respondiera a un plan general, *racional e integrado* para todo el país, en vez de dejarlo en manos de las fuerzas automáticas, inhumanas, y quizás un poco *irracionales* del mercado y de los precios, que "en su ciego automatismo no podían apreciar debidamente las necesidades y los sufrimientos de esas inmensas masas humanas".

Esos eran unos socialistas con quienes se podían discutir racionalmente. En tales circunstancias, y sólo cuatro años después de la revolución que llevó al marxismo al poder en Rusia, tiene lugar en 1922 la publicación de otra obra fundamental de la economía moderna, EL SOCIALISMO de Mises, sólo traducido al castellano casi cuarenta años después, en 1960. En ese libro otro gran economista austriaco Ludwig von Mises hace público otro importantísimo descubrimiento para la ciencia económica: *la imposibilidad del cálculo económico sin precios y sin mercado*, o lo que es lo mismo, que aún suponiendo la perfección de los miembros de ese comité socialista planificador al carecer de la guía del mercado y de los precios, no podría calcularse la inversión mas productiva, desde el punto de vista social, de los escasos recursos de la comunidad. Verdad teórica irrebatible. Científica, intelectual y racionalmente, pues, el socialismo llamado científico estaba también muerto desde 1922,

Ahora bien, recientemente, en le década de 1980, ocurrió el advertido e inevitable derrumbe final del sistema socialista como opción válida para la organización del Estado moderno. El jefe Supremo de la Unión Soviética y del Partido Comunista ruso, Mihail

Gorbachov admitió ante el mundo el fracaso del sistema socialista que, tal, y como lo había advertido Mises, sin mercado y sin precios (y sometido entonces además a la competencia militar de los Estados Unidos) era incapaz de calcular la mejor inversión de los escasos recursos soviéticos.

La recomposición de las naciones que en un tiempo formaron el Imperio Socialista Soviético está ocurriendo todavía hoy, pero ya nadie, con un mínimo de ilustración económica y de objetividad científica, discute al socialismo como una vía posible de organización social. Sólo quedan, especialmente en África y en América Latina, algunos periodistas y algunos intelectuales autodenominados "de izquierda" que con sus plumas vacías de tinta roja, continúan rindiendo homenaje póstumo al desaparecido *Moloch* del socialismo.

Se preguntaran ustedes entonces, cómo es posible que esa evidente refutación y esa denunciada (y hoy confesada) imposibilidad de cálculo económico hayan permanecido ignoradas por la humanidad durante tanto tiempo. Cómo es posible que esos falsos ídolos hayan producido en tanto sitios del globo tanta miseria y tantos crímenes durante tantos años.

El éxito incomparable del marxismo durante los 140 años transcurridos desde la publicación del Manifiesto Comunista en 1848 hasta el reconocimiento de la imposibilidad económica del sistema socialista por Gorbachov en 1988 se debe, en mi criterio, a dos razones fundamentales que además se relacionan y se explican mutuamente: la primera es la verdadera conspiración del manto de silencio que los comunicadores sociales, periodistas, intelectuales y escritores del mundo arrojaron sobre los descubrimientos de Carl Menger y de Ludwig von Mises; y la segunda, que en parte explica la primera, es el hecho de que el marxismo ofrece un paraíso en la tierra, y más dulce aún para los perdedores en el juego de la vida, la satisfacción de uno de los sentimiento más ruines y más profundamente enraizados en el alma humana desde tiempo inmemorial: la humillación de quienes han resultado mejores que la multitud.

Hasta aquí hemos examinado la falsa crítica que el marxismo hizo de los beneficios empresariales. La realidad, como vimos antes es que esos beneficios y las pérdidas empresariales que ocurren en un mercado donde se intercambian libremente bienes y servicios tienen no una, sino dos profundas e irrebatibles justificaciones morales, y que los precios son indicadores indispensables para el bienestar económico de los pueblos.

Pero en el mundo no marxista y especialmente en el mundo sub-desarrollado del que formamos parte, lamentablemente no todo los beneficios empresariales son el premio que el mercado ha otorgado a quienes han servido mejor a los consumidores y por lo tanto no gozan siempre de esas irrebatibles justificaciones morales.

Los precios, esos indicadores que producen beneficios o pérdidas empresariales, dejan de cumplir su función y los beneficios dejan de tener justificación moral cuando se transforman en precios y beneficios políticos. En el mundo sub-desarrollado no marxista, especialmente en África y en América Latina, los políticos han creído, de buena o mala fe, que el precio era una odiosa invención del sistema capitalista para explotar a los trabajadores y utilizaron, durante décadas, los controles de precios y las cuotas y otras protecciones aduaneras para dar a los empresarios (amigos) beneficios y precios artificiales

que desnaturalizaron la función social que ellos han debido desempeñar en la vida económica de sus respectivos pueblos.

Al desnaturalizar esos beneficios y esos precios, los políticos del mundo sub-desarrollado le han quitado el soporte moral al beneficio empresarial. En muchos casos las utilidades de los empresarios protegidos no son defendible desde el punto de vista moral como las que se producen en un mercado competido. No son el premio del mercado por hacer ofrecido a los consumidores productos mejores o más baratos o ambas cosas a la vez, son casi siempre producto de favores otorgados por los amigos políticos o, en el mejor de los casos, fruto de trágicas y costosas equivocaciones económicas de los políticos populistas del tercer mundo.

En este momento de crisis institucional que vive Venezuela toca a ustedes, jóvenes en cuyas manos está sin duda el futuro de la patria, echar una buena mirada hacia las políticas equivocadas que en el pasado reciente y durante muchas décadas desnaturalizaron e incluso hicieron inmoral algunos beneficios empresariales. Porque los pueblos que no conocen su historia corren el riesgo de repetirla.

2 de julio de 1992